

Miguel León-Portilla

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LOS MÁS ANTIGUOS VESTIGIOS

Antecedentes para la comprensión de ulteriores lucubraciones en el pensamiento náhuatl prehispánico son los viejos mitos cosmogónicos y otras antiguas creaciones de cultura intelectual, entre ellas distintas formas de ritos y varios sistemas para medir el tiempo. Originados al parecer esos mitos, ritos y calendarios en etapas culturales muy antiguas, podría decirse de ellos que constituyen algo así como el sustrato, en función del cual florecieron más tarde distintas formas de pensamiento. Aunque es difícil, y tal vez imposible, precisar el origen más remoto de esas creaciones que habrían de dar marco al pensamiento prehispánico, cabe afirmar que los hallazgos de la arqueología y unas cuantas referencias, más bien aisladas, en los textos indígenas permitan ya atribuirles considerable antigüedad.

Es cierto que las afirmaciones que se hacen en algunas fuentes indígenas acerca de los orígenes de mitos y creencias no son por sí solas prueba y testimonio indubitables. Pero no podrá negarse al menos que son reflejo de una cierta manera de conciencia histórica que busca el origen, no ya sólo de hechos, sino también de ideas que, se piensa, tuvieron vigencia en etapas antiguas. Precisamente respecto de esas etapas anteriores, en las que hay total ausencia de otras formas de testimonio, toca a la arqueología esclarecer o desmentir lo que vagamente se expresa en algunos textos indígenas tardíos.

Con este criterio intentaremos aquí una primera búsqueda. Nos valdremos para ello de un texto conservado en náhuatl, con el ritmo y la estructura de un viejo poema, en el que se habla de los más remotos orígenes culturales de los pueblos de la región central de México. El texto fue transmitido por los informantes indígenas de Sahagún y se conserva en el *Códice matritense de la Real Academia*. Constituye de hecho la respuesta dada por los nahuas de principios del siglo XVI acerca de sus orígenes, no sólo étnicos y lingüísticos, sino sobre todo culturales.

Formulada por Sahagún la pregunta acerca de quiénes eran los aztecas o mexicas, responden los ancianos informantes elaborando una posible etimología para esclarecer su propio nombre. A continuación, en vez de referirse únicamente a la famosa peregrinación de las siete tribus nahuas procedentes de Chicomóztoc, o más concretamente a la venida de los aztecas desde las llanuras del norte, comienzan por dar cuenta de la llegada de pobladores mucho más antiguos, a quienes atribuyen no pocas de las creaciones culturales que más tarde habrían de ser patrimonio común de los pueblos nahuas y de otros dentro del ámbito del México antiguo.

Al evocar los viejos cantares, la respuesta de los informantes deja traslucir su empeño por situar dentro de un contexto cultural más amplio a los pueblos nahuas de reciente aparición. Entreverando mitos y tradiciones, recuerdan no ya sólo a los toltecas, sino también a los fundadores de Teotihuacan y, por fin, a hombres aún más alejados en el tiempo, como fueron los pobladores de la mítica Tamoanchan, gentes venidas de las costas del golfo de México a las que atribuyen la invención del calendario y la posesión de libros sagrados con antiguas doctrinas religiosas.

Al comentar y dar aquí en versión castellana los pasajes más pertinentes de este antiguo texto para ahondar en las raíces sobre las que tal vez descansa la ulterior evolución del pensamiento náhuatl, tomaremos en cuenta asimismo aquellos hallazgos de la arqueología que puedan desmentir o confirmar lo asentado por el testimonio tradicional de los ancianos informantes de Sahagún. El texto, que conserva a las claras su carácter de antiguo cantar o poema, dice así:

He aquí la relación
que solían pronunciar los ancianos:
en un cierto tiempo
que ya nadie puede contar,
del que ya nadie ahora puede acordarse,
quienes aquí vinieron a sembrar
a los abuelos, a las abuelas,
éstos, se dice,
llegaron, vinieron,
siguieron el camino,
los que vinieron a barrerlo,

vinieron a terminarlo,
vinieron a gobernar aquí en esta tierra,
que con un solo nombre era mencionada,
como si se hubiera hecho esto un mundo pequeño.
Por el agua en sus barcas vinieron,
en muchos grupos,
y allí arribaron a la orilla del agua,
a la costa del norte,
y allí donde fueron quedando sus barcas,
se llama Panutla,
quiere decir, por donde se pasa encima del agua,
ahora se dice Pantla (Pánuco).
En seguida siguieron la orilla del agua,
iban buscando los montes,
algunos los montes blancos
y los montes que humean...
Además no iban por su propio gusto,
sino que sus sacerdotes los guiaban,
y les iba hablando su dios.
Después vinieron,
allá llegaron,
al lugar que se llama *Tamoanchan*,
que quiere decir “nosotros buscamos nuestra casa”.
Y allí permanecieron algún tiempo.
Y los que allí estaban eran los sabios,
los llamados poseedores de códices.
Pero no permanecieron mucho tiempo,
los sabios luego se fueron,
una vez más entraron en sus barcas
y se llevaron la tinta negra y roja,
los códices y las pinturas,
se llevaron todas las artes,
la música de las flautas.
Y cuando iban a partir
convocaron a todos los que iban a dejar,
les dijeron:
“Dice el Señor nuestro,
Tloque Nahuaque,
que es Noche y Viento,
aquí habréis de vivir,
aquí os hemos venido a sembrar,
esta tierra os ha dado el Señor nuestro,



es vuestro merecimiento, vuestro don.
Ahora lentamente se va más allá
el Señor nuestro, Tloque Nahuaque.
Y ahora también nosotros nos vamos,
porque lo acompañamos
a donde él va,
al Señor, Noche, Viento,
al Señor nuestro, Tloque Nahuaque
porque se va, habrá de volver,
volverá a aparecer,
vendrá a visitaros,
cuando esté para terminar su camino la tierra,
cuando sea ya el fin de la tierra,
cuando esté para acabarse,
él saldrá para ponerle fin.
Pero vosotros aquí habréis de vivir,
aquí guardaréis vuestro don, vuestro favor,
lo que aquí hay, lo que aquí brota,
lo que se encuentra en la tierra,
lo que hizo merecimiento vuestro
aquel a quien habéis seguido.
Y ahora ya nos vamos,
le seguimos,
adonde él va.”
En seguida se fueron los portadores de los dioses,
los que llevaban a cuestas los envoltorios,
dicen que les iba hablando su dios.
Y cuando se fueron,
se dirigieron hacia el rumbo del rostro del sol,
se llevaron la tinta negra y roja,
los códices y las pinturas,
se llevaron la sabiduría,
todo se lo llevaron,
los libros de cantos y las flautas.
Pero se quedaron
cuatro viejos sabios,
el nombre de uno era Oxomoco,
el de otro Cipactónal,
los otros se llaman Tlaltetecuin y Xochicahuaca.
Y cuando se habían marchado los sabios,
se llamaron y reunieron
los cuatro ancianos y dijeron:

“¿Brillará el Sol, amanecerá?
¿Cómo vivirán, cómo se establecerán los *macehuales* (el pueblo)?
Porque se ha ido, porque se han llevado
la tinta negra y roja (los códices).
¿Cómo existirán los macehuales?
¿Cómo permanecerá la tierra, la ciudad?
¿Cómo habrá estabilidad?
¿Qué es lo que va a gobernarnos?
¿Qué es lo que nos guiará?
¿Qué es lo que nos mostrará el camino?
¿Cuál será nuestra norma?
¿Cuál será nuestra medida?
¿Cuál será el dechado?
¿De dónde habrá que partir?
¿Qué podrá llegar a ser la tea y la luz?”
Entonces inventaron la cuenta de los destinos,
los anales y la cuenta de los años,
el libro de los sueños,
lo ordenaron como se ha guardado,
y como se ha seguido
el tiempo que duró
el señorío de los toltecas,
el señorío de los tepanecas,
el señorío de los mexicas
y todos los señoríos chichimecas.¹

La antigua relación por medio de la cual querían vincularse los nahuas con gentes poseedoras de cultura desde tiempos remotos es elocuente, y, en su última parte, se vuelve dramática al narrar el modo como fueron redescubiertas las antiguas instituciones de los anales y las diversas formas de calendario. En el relato hay muchos elementos netamente míticos. La sola evocación de las figuras de Oxomoco y Cipactónal, que en otros textos aparecen como los progenitores de la especie humana, es ya prueba de ello. Sin embargo, en la fusión de elementos míticos con la antigua tradición histórica existe un propósito bien definido: tratar de dar una explicación acerca del origen de importantes instituciones culturales,

¹ Informantes de Sahagún, *Códice matritense de la Real Academia*, f. 191r-192v; AP I, 92.

como son el calendario, los anales, los cantares y otras más, vinculadas estrechamente con su pensamiento religioso.

La relación se refiere a tiempos muy antiguos “que ya nadie puede contar, de los que ya nadie ahora puede acordarse”. De hecho se sitúan esos tiempos en una época anterior al esplendor teotihuacano, ya que precisamente la relación, al hablar más adelante de la ulterior dispersión de aquellas gentes poseedoras del calendario y de los anales, mencionará que, en tanto que algunos habrían de marchar hacia el sur siguiendo la orilla del agua hasta llegar a lo que el texto llama la región de Cuauhtemallan, otros habrían de ir a establecerse precisamente a Teotihuacan.

De cualquier manera que quiera analizarse este texto debemos reconocer que en él se ofrece el testimonio de la conciencia que tenían los nahuas acerca de una supuesta o tal vez real antigüedad de elementos culturales que más tarde habrían de ser también posesión suya. Entre esos elementos o antiguas creaciones culturales, cuyo origen se sitúa en tiempos que anteceden al mismo esplendor de Teotihuacan, están los siguientes:

a) La existencia de sistemas para medir el tiempo, concretamente el *tonalpohualli*, o cuenta de los días, y el *xiuhpohualli*, o cuenta de los años, así como de otras formas de representación o escritura, ya que se habla de *cuicámatl* o “libros de canto”.

b) La creencia en una suprema divinidad, invocada más tarde con los títulos de Tloque Nahuaque, Dueño del cerca y del junto, y de Yohualli, Ehécatl, Noche, Viento, así como en los ciclos cósmicos, manifiesta en el convencimiento de un inevitable fin de la edad en la que vive la humanidad presente.

c) La persuasión de que los orígenes de algunas de las artes que habrían de conocerse posteriormente como artes de los toltecas, tanto como de lo que se llamaría más tarde en náhuatl *tlamatiliztli* o sabiduría, deben situarse en tiempos muy antiguos.

A primera vista puede pensarse que las afirmaciones anteriores son fruto del afán de los informantes indígenas por atribuir una grande antigüedad a instituciones culturales que, sin duda, habían recibido ellos de otros pueblos. Sin embargo, si nuestro propósito en este capítulo es tratar de esclarecer hasta donde sea posible las más antiguas raíces de la ulterior evolución del pensamiento del

México antiguo, debemos tomar en cuenta cualquier indicio o hallazgo que permita valorar al menos en parte estas afirmaciones de los informantes de Sahagún. Tan ingenuo sería aceptarlas como testimonio estrictamente histórico, como desecharlas a la ligera, pensando que se trata de puras fantasías. Obviamente el camino para poder aquilatar hasta un cierto grado el valor de lo afirmado por los informantes es el de los hallazgos de la arqueología.

Los orígenes del calendario y la escritura

Comencemos por la primera de las afirmaciones, la que se refiere a la posible existencia de antiguas formas de escritura y de sistemas para medir el tiempo, concretamente el *tonalpohualli* o cuenta de los días y el *xiuhpohualli* o calendario solar de 365 días, en una época anterior al periodo tolteca de los siglos IX a XI d. C. Una primera búsqueda acerca de la antigüedad de estas formas de calendario y escritura en la época que designan los arqueólogos como horizonte clásico (siglos I-IX d. C.) permite esbozar un principio de respuesta. En Teotihuacan se han encontrado inscripciones, identificadas por los arqueólogos Alfonso Caso y César Lizardi como de carácter calendárico. Según la opinión de estos investigadores puede sostenerse que los teotihuacanos tuvieron ya conocimiento tanto del *xiuhpohualli* como del *tonalpohualli*.² No pretendiendo aducir por ahora hallazgos procedentes de otras zonas arqueológicas, añadiremos tan sólo que el estudio de los glifos calendáricos del mundo maya clásico permite expresar igual afirmación respecto de esa cultura que tantas semejanzas guarda con la del Altiplano Central de México. Desde otro punto de vista, deben también mencionarse algunas pinturas murales que se conservan en palacios teotihuacanos, como los de Tetitla y Tepantitla, en los que hay representaciones de carácter pictográfico e ideográfico (por ejemplo, la voluta florida que indica el canto), algunas de las cuales habrían de emplearse también más tarde por los mismos nahuas de los siglos XV y XVI.

² Alfonso Caso, “¿Tenían los teotihuacanos conocimiento del *tonalpohualli*?”, *El México Antiguo*, México, 1937, v. IV, n. 3-4, p. 131-143; César Lizardi Ramos, “¿Conocían el *xihuitl* los teotihuacanos?”, *El México Antiguo*, México, 1955, v. VIII, p. 220-223.

Pero, si sabemos que ya en el horizonte clásico había estas formas de representación, en particular las de carácter calendárico, cabe preguntarnos ahora, dando un paso más en la búsqueda: ¿hay alguna evidencia arqueológica que permita afirmar su existencia en tiempos anteriores a dicho horizonte, o lo que es lo mismo, en tiempos anteriores a la era cristiana? La respuesta a este problema nos la da la arqueología y la encontramos formulada con precisión por el mismo Caso que ha consagrado detenidamente su atención al tema de los orígenes de los calendarios prehispánicos. Como nos llevaría mucho tiempo presentar aquí de manera directa los testimonios que ofrece a este respecto la arqueología, nos limitamos a transcribir las propias palabras de Caso:

Podemos ahora tratar de un aspecto que corresponde a una cultura superior, aquella que ya tiene escritura y calendario. Los datos que ha entregado el Carbón 14 en las muestras que mandamos a Libby, demuestran que ya existía en Mesoamérica una escritura y un calendario con el *tonalpohualli* y el año, en una época que podemos fijar por lo menos 600 años a. C.; pero este calendario aparece ya tan formalizado y tan unido a otros aspectos muy avanzados de la cultura mesoamericana (cerámica, esculturas en piedra, jades, pirámides, palacios, etcétera) que indudablemente es el resultado de una larga elaboración que arranca de varios siglos antes de la Era Cristiana.³

Queda claro que la arqueología ha logrado establecer la existencia de sistemas calendáricos y de otras formas de representación pictográfica e ideográfica en el ámbito del México antiguo desde tiempos considerablemente anteriores al esplendor teotihuacano. Lo que es más, en función de antiguos hallazgos, cabe pensar que el origen del calendario ocurrió precisamente en algún lugar de las costas del golfo de México. Así, sorprendentemente encontramos que la confrontación del testimonio de los informantes de Sahagún en este punto con los hallazgos de la arqueología ha tenido un resultado positivo. No fue producto de fantasía afirmar, como ellos lo hicieron, que desde tiempos anteriores a Teotihuacan “se

³ Alfonso Caso, “Relaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Una observación metodológica”, *Cuadernos Americanos*, México, año XXI, v. CXXV, noviembre-diciembre de 1962, p. 167-168.

inventaron la cuenta de los días (el *tonalpohualli*), los anales y la cuenta de los años (el *xiuhpohualli*)”.

Grande es la importancia que tiene para la comprensión de la ulterior evolución del pensamiento náhuatl saber que la existencia de estos sistemas calendáricos y de escritura se remonta a cerca de un milenio antes de Cristo. El calendario entre los mayas, como entre los nahuas, zapotecas, mixtecas y otros varios pueblos del México antiguo, era como la espina dorsal que les permitía moverse, actuar y pensar dentro del tiempo. No ya sólo desde un punto de vista utilitario, en relación principalmente con la agricultura, sino también estrechamente ligado a las fiestas religiosas, a las conmemoraciones, a los mitos cosmogónicos y en una palabra a su vida social y religiosa, el calendario ocupó siempre lugar principalísimo y casi diríamos omnipresente. Desde otro punto de vista, su existencia pone de manifiesto que ya desde varios siglos antes de la era cristiana hubo hombres dedicados a la especulación y a los cálculos matemáticos, ligados como es obvio con las observaciones astronómicas, todo ello principio y raíz de otras formas de pensamiento que no parece exagerado describir como primer fruto de una larga evolución en el ámbito de la cultura intelectual prehispánica.

La atribución de antiguas creencias

Establecida así una cierta manera de concordancia entre el testimonio de los informantes de Sahagún y los descubrimientos de la arqueología por lo que se refiere a la antigüedad del calendario prehispánico y de otras formas de representación escrita, pasamos ahora a examinar las otras afirmaciones formuladas en el texto que estamos estudiando. Se dice en él que aquellos poseedores del calendario eran seguidores de un dios a quien llamaban “el Señor nuestro, Dueño del cerca y del junto (Tloque Nahuaque), que es Noche y Viento”. Y al parecer aluden igualmente los informantes al viejo mito de las edades y soles cosmogónicos cuando dicen que ese dios que se marcha “habrá de volver... cuando esté para terminar su camino la tierra... cuando sea ya el fin de la tierra... cuando esté para acabarse...”⁴

⁴ Informantes de Sahagún, *Códice matritense de la Real Academia*, loc. cit.

Al pasar a considerar estas afirmaciones de los informantes, repetimos que somos conscientes de que es más que problemático poder comprobar la atribución de creencias determinadas a gentes que vivieron en los tiempos teotihuacanos y más aún en el horizonte preclásico que los antecedió. Es evidente que, en el orden de las creencias e ideas, los hallazgos arqueológicos tan sólo en grado muy limitado podrán desmentir o confirmar lo expresado por un texto de origen tan tardío. Por otra parte, lejos estamos de pretender demostrar que las afirmaciones de los informantes, especialmente cuando quieren atribuir un antiquísimo origen a sus propias creencias, sean en todo punto ciertas. Por ello nos circunscribimos ahora a buscar aquellos indicios que nos permitan fijar un cierto grado de antigüedad que verosímilmente pueda concederse a las creencias religiosas de que se habla en este texto.

Con este fin examinaremos la documentación que se conserva en algunos códices de origen prehispánico y en otros textos de procedencia indígena. Respecto del ámbito de la cultura náhuatl del Altiplano cabe afirmar con base en estas fuentes que, al menos desde los tiempos toltecas, tuvo vigencia el mito o creencia de las edades o soles cosmogónicos al que constantemente se alude y respecto del cual la misma arqueología ofrece varios testimonios. Otro tanto puede decirse acerca de la fe en la divinidad suprema que, como hemos visto en los capítulos anteriores, es invocada con diversos títulos, entre ellos el de Tloque Nahuaque. Al lado de otros muchos dioses o númenes tutelares, creían ya los antiguos toltecas en la suprema divinidad una y dual a la vez, conocida también con el nombre de Ometéotl, dios de la dualidad.

Como prueba de lo dicho bastará con recordar un antiguo himno conservado en la *Historia tolteca-chichimeca*, redactada, como se ha dicho, sobre la base de los informes proporcionados por indígenas de Tecamachalco, Puebla, hacia 1540. Las circunstancias en que, según la *Historia tolteca-chichimeca*, fue cantado este himno, ponen de manifiesto su considerable antigüedad. En resumen puede decirse que las palabras del himno sirvieron a dos grupos de origen tolteca para identificarse y poder afirmar que pertenecían a una misma estirpe. El himno, que transcribimos aquí una vez más, corrobora la hipótesis de una antigua creencia tolteca en el supremo dios de la dualidad:

En el lugar del mando, en el lugar del mando gobernamos:
es el mandato de mi señor principal.
Espejo que hace aparecer las cosas.
Ya van, ya están preparados.
Embriágate, embriágate,
obra el dios de la dualidad,
el inventor de los hombres,
el espejo que hace aparecer las cosas.⁵

A lo largo de este libro, y especialmente en el capítulo III, se ha mostrado aduciendo otros antiguos testimonios, entre ellos varios fragmentos de algunos *huehuehtlahtolli* o discursos de los ancianos, así como otros himnos y cantares, que la divinidad dual, *Ometéotl*, era en el pensamiento náhuatl el mismo dios supremo que se invocaba también con otros títulos como el de *Moyocoyani*, “Inventor de sí mismo”, *Huehuetéotl*, dios viejo, y también *Tloque Nahuaque*, “Dueño del cerca y del junto”.

Ahora bien, si analizarnos otras fuentes de origen no náhuatl, pero provenientes todas del ámbito cultural de la América Media, podrá tal vez ensayarse una cierta forma de inferencia capaz de acercarnos a una verosímil respuesta sobre la antigüedad de estas creencias. Encontramos justamente que en algunos textos indígenas del área maya, tan importantes como el celeberrimo *Popol Vuh* de los quichés, y en algunos de los libros de *Chilam Balam* de los mayas de Yucatán, se hace frecuente mención a la misma suprema divinidad. Aunque es cierto que los títulos con los que es invocada no son idénticos a los que conocemos del mundo náhuatl, hay clara equivalencia en los atributos, principalmente en aquellos que se refieren a su ser uno y dual a la vez. Así, si el *Tloque Nahuaque* de los nahuas es *in Tonan*, *in Totah*, “nuestra madre”, “nuestro padre”, en el mundo mayance es *Alom*, *Qaholom*, “la que concibe, el que engendra”. Y si en náhuatl de manera abstracta se le nombra *Ometéotl*, “Señor de la dualidad”, en el quiché del *Popol Vuh* se le invoca como *Cabauil*, “el de dos collares”, que es al mismo tiempo *Quxcah* y *Quxuleu*, “Corazón del cielo y Corazón de la tierra”.⁶

⁵ *Historia tolteca-chichimeca*, edición facsimilar de E. Mengin, p. 33; *AP I*, 34.

⁶ Véase *Popol Vuh*, *Las antiguas historias del quiché*, 2a. ed., traducción, introducción y notas de Adrián Recinos, México, Fondo de Cultura Económica, 1953,

Y tratando de otras culturas que florecieron dentro del mismo marco geográfico de la América Media, hallamos también en el caso particular de los mixtecas el testimonio pictográfico que se conserva en los códices *Selden I*, *Vindobonense* y *Gómez Orozco*, así como en una antigua tradición recogida en la región de Cuilapa acerca de parecida creencia en la suprema dualidad creadora, masculina y femenina a la vez.⁷

Y es importante notar que en las fuentes que hemos mencionado, tanto de origen mayance como mixteca, la creencia en ese supremo dios dual aparece justamente ligada al mito de las edades o soles cosmogónicos y a la antigua visión del mundo con sus diversas orientaciones y planos superiores e inferiores, de la que hemos tratado ampliamente a propósito del pensamiento náhuatl, en el capítulo II del presente libro.

El hecho de la presencia de estas creencias y mitos desde los tiempos del horizonte postclásico (siglos IX-XI d. C.), no ya sólo entre los toltecas sino en el área maya y al menos también entre los mixtecas de Oaxaca, nos lleva a plantearnos la siguiente pregunta: ¿cuál puede ser el origen de este conjunto de mitos y concepciones que había logrado ya tan considerable difusión y aceptación por parte de pueblos apartados entre sí y de lenguas tan distintas como son las de los mixtecas, los mayas y quichés y las gentes de idioma náhuatl?

En busca de una respuesta a la pregunta anterior, no creemos aventurar novedad alguna si afirmamos que semejanzas tan manifiestas en el horizonte postclásico entre los nahuas, mayas y pueblos de Oaxaca, en cuanto a esa visión del mundo, parecen apuntar a un origen común, relacionado estrechamente con un más antiguo foco de cultura. El problema está precisamente en precisar cuál puede ser el antiguo foco del que partió la difusión de esas ideas y creencias.

p. 83-88, y *Libro de Chilam Balam de Chumayel*, versión de Antonio Mediz Bolio, San José, Costa Rica, Ediciones del “Repertorio Americano”, 1930, p. 53-60.

⁷ Véase *Codex Selden I*, en Lord Kingsborough, *Antiquities of Mexico*, London, 1831, v. 1, especialmente la página 1 del código. Alfonso Caso, *Interpretación del Código Gómez de Orozco* (y reproducción facsimilar del mismo), México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, s. f. Respecto del *Código Vindobonense*, véase lo dicho acerca de la representación en él de la divinidad dual en *Interpretación del Código Gómez de Orozco*, p. 13. “La relación de Cuilapa”, a la que también alude Caso en dicho trabajo, se conserva en fray Gregorio García, *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales*, Madrid, 1729.

¿Fue alguno de los que florecieron a raíz de la ruina de Tula hacia el siglo XI d. C.? ¿O uno de los estados, señoríos o “zonas-núcleos” de alta cultura del horizonte clásico de los siglos I a IX d. C.? ¿O posiblemente aquella “cultura madre” originada en las costas del golfo de la cual, como ya vimos, parecen provenir el calendario, la escritura y otras diversas formas de creación en el campo del arte?

Tratando de esa “cultura madre”, cuyo foco original sitúa Alfonso Caso en la que llama “zona mesopotámica de Veracruz y Tabasco”, indica él justamente que, quien desee acercarse al conocimiento de sus creaciones originales deberá buscar las semejanzas existentes en culturas que se vieron influidas por ella para poder decantar así lo que parece haber sido herencia común:

Para reconstruir esta cultura madre, escribe Caso, debemos seguir un método semejante al que usan los lingüistas para la reconstrucción de las lenguas madres. Partiendo de semejanzas entre las culturas diferentes, llegar a la conclusión del rasgo original del que derivan las semejanzas.⁸

Se sabe por los descubrimientos de la arqueología que, en el campo de las creaciones artísticas y en el sumamente importante de los objetos hallados con inscripciones de carácter calendárico de procedencia olmeca, la influencia de esta antigua cultura se dejó sentir en no pocos sitios de la América Media. Para citar sólo los principales, mencionaremos La Venta (Tabasco), Tres Zapotes, Cerro de las Mesas, San Andrés Tuxtla, Piedra Labrada (Veracruz), así como diversos lugares de Oaxaca, Puebla, Tlaxcala, México, Morelos, Guerrero, Chiapas, Guatemala y El Salvador.⁹ Y no estará de más destacar que, justamente la abundancia de inscripciones calendáricas en los hallazgos efectuados en la amplia zona que abarcó esa cultura, pone ya de manifiesto que su difusión comprendió también conocimientos de carácter estrictamente racional.

En este punto de nuestra búsqueda sobre los orígenes de estos mitos y creencias acerca de la divinidad, de los soles cosmogónicos y de la imagen del universo, nos encontramos por consiguiente ante

⁸ Alfonso Caso, “¿Existió un imperio olmeca?”, sobretiro de *Memoria de El Colegio Nacional*, México, t. V, n. 3, 1964, p. 46.

⁹ *Ibid.*, p. 13-21.

dos hechos confirmados por la arqueología y las fuentes históricas. Por una parte, sabemos que esas creencias y mitos, a pesar de diferencias y variantes de matiz, eran patrimonio común de no pocos pueblos de la América Media a partir del horizonte postclásico, entre ellos principalmente de quienes se conservan fuentes escritas, como son los de habla náhuatl, mayance y mixteca. Por otra, conocemos también por los hallazgos arqueológicos que en las zonas en que vivieron estos grupos se dejó sentir antes la influencia directa de la antigua cultura madre, no sólo en lo que a sus estilos artísticos se refiere, sino también en aspectos de cultura intelectual tan importantes como la escritura y el calendario.

Y justamente como la formulación y expresión de mitos, como el de “los soles cosmogónicos”, se halla estrechamente ligada con los cálculos calendáricos y las antiguas formas de escritura, principalmente de carácter ideográfico, no creemos que sea absurdo fijar la atención en la última de las posibilidades que señalamos antes: ¿cabe afirmar que, así como recibieron los grupos de la región central de México, los del área maya y de Oaxaca la escritura y el calendario provenientes de la antigua cultura madre, así también se deriva de ella, al menos en germen, el núcleo de esos mitos y creencias? De ser esto así, podrían situarse en una época varios siglos anterior a la era cristiana los orígenes de la evolución de las diversas formas de pensamiento, estrechamente ligadas con el calendario, que florecieron en el ámbito de la América Media. Por lo que a nuestro particular interés se refiere, podría afirmarse también que la posterior trayectoria del pensamiento que muchos siglos más tarde habrían de cultivar las gentes de idioma náhuatl encontraría sus raíces últimas en ese horizonte cultural, cerca de dos milenios anterior a los días de la Conquista.

Para aceptar o rechazar esta hipótesis parece necesario esclarecer en este punto si es que hubo una relación más directa, sin solución de continuidad, a través de las diversas etapas y aun de distintos grupos, entre “los pueblos herederos” de esas formas de pensamiento y la antigua cultura madre, como sucedió en el caso del calendario y la escritura. Sólo así podría afirmarse que la semejanza de creencias y mitos deriva, no de la trasmisión o eventual imposición del pensamiento propio de uno solo de los grupos mencionados

respecto de los demás en una época más tardía, sino más bien como herencia en común de esas ideas que provendrían por consiguiente de la llamada cultura olmeca.

Al parecer, de entre los varios complejos culturales que florecían en la América Media durante el horizonte clásico, aquel que dejó sentir en mayor grado su influencia en otras áreas es precisamente el que tuvo su origen en Teotihuacan. Esto es a tal grado verdadero que, como lo ha notado ya Ignacio Bernal al tratar de la cultura zapoteca, en el caso de la etapa conocida como Monte Albán III-A, comienza ésta a definirse esencialmente “por el tipo de vida que Teotihuacán exporta”.¹⁰

Respecto del área maya pueden recordarse igualmente ejemplos de influencia teotihuacana, entre otros sitios, en Kaminaljuyú y en Tikal, señalados asimismo por arqueólogos como Kidder, Jennings y Shook. Analizando justamente estas influencias teotihuacanas en el campo de la arquitectura, la cerámica y la pintura, más manifiestas aun entre los pueblos nahuas de la etapa postclásica, nota Demetrio Sodi en un reciente estudio:

En el ámbito geográfico náhuatl, esta influencia teotihuacana arquitectónica es más notoria todavía. El sistema de construcción teotihuacana es copiado en todas partes, y en ocasiones superpuesto a construcciones más antiguas... En Teotihuacán aparecen por primera vez símbolos tan importantes como los relacionados con la penitencia, con el complejo serpiente emplumada, el hombre-tigre, pájaro-serpiente; símbolos planetarios, la cruz de cinco puntos, la cruz de Quetzalcóatl o cruz de Kan, el jeroglífico de *ollin*, el signo de la flor y el canto, la mariposa, signos acuáticos, águilas y tigres, corazones, cuchillos para el sacrificio; huellas de pies representando caminos, etcétera, todo esto acompañado de una inmensa cantidad de símbolos relacionados con los dioses, ya que en Teotihuacán se complica sobremanera el panteón indígena y son por primera vez identificados muchos de los dioses que perduran hasta la época azteca. Recordemos, respecto a esta última afirmación, la maravillosa representación pictórica del Tlalocan o paraíso de Tláloc.¹¹

¹⁰ Ignacio Bernal, “Monte Albán and The Zapotecs”, *Boletín de Estudios Oaxaqueños*, Oaxaca, n. 1, 1958, p. 6.

¹¹ Demetrio Sodi, “Consideraciones sobre el origen de la *toltecáyotl*”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, v. III, 1962, p. 71-72.

Siendo, como lo es, indudable la influencia teotihuacana en numerosos sitios de la América Media, queda claro que se dejó sentir con mucha mayor fuerza y profundidad en el ámbito de la región central de México que, como lo muestra el autor ya citado, fue sin duda tributaria de quienes pensaron y vivieron en ese gran centro que fue la ciudad de los dioses.

En este sentido el periodo clásico teotihuacano fue, como lo habremos de comprobar más detenidamente, momento importantísimo dentro de la secuencia que parece haberse originado con la “cultura madre” de las costas del golfo y que habría de alcanzar en el Altiplano diversas etapas de florecimiento, desde el mismo de la ciudad de los dioses, hasta el de los toltecas de la Tula histórica y el más tardío de los tiempos aztecas.

Paralelamente en el área maya y en Oaxaca hubo también una secuencia semejante, a partir de la temprana aparición de la escritura, relacionada sobre todo con los cómputos calendáricos y con la representación de los mitos y atributos de los dioses. Siendo fundamentalmente iguales los sistemas de calendario que poseyeron estas culturas desde la época clásica: el solar de 365 días (*xiuhpohualli* en el Altiplano y *haab* entre los mayas), así como el mágico-adivinatorio de 260 días (conocido como *tonalpohualli*, *tzolkin*, *pije*, etcétera), no es inverosímil suponer que los correspondientes ciclos de fiestas y prácticas religiosas de esos distintos pueblos, al estar normados por idénticos sistemas de medir el tiempo, guardarán también, aun cuando fuera en distintos grados, no pocas semejanzas.

Más aún, la misma concepción de los grandes centros ceremoniales de mayas, zapotecas, mixtecas y gentes del Altiplano, que siguieron *patrones* muy parecidos desde la época clásica con sus templos, pirámides truncadas superpuestas, símbolo de los pisos celestes y de la distribución cósmica hacia los cuatro rumbos del mundo; los recintos para el juego ritual de pelota, evocación también de antiguos mitos, parecen confirmar la existencia de una evolución paralela en el ámbito cultural de la América Media.

Finalmente los contactos e influencias, como las ya mencionadas de Teotihuacan en Monte Albán, en Xochicalco, en Cholula y en el área maya; como las que parecen estar implicadas por las figuras

humanas de rasgos mayances, relacionadas precisamente con cálculos y posibles correcciones calendáricas en la célebre pirámide de Xochicalco, y, más tarde, la presencia de gentes de la región central entre los mayas, con consecuencias tan visibles en la misma arquitectura como son las semejanzas de la pirámide de Quetzalcóatl en Tula con el llamado “templo de los guerreros” en Chichén Itzá, están mostrando que en realidad, a pesar de las incontables variantes y diferencias locales, estas formas recíprocas de intercambio fueron fácilmente asimilables precisamente por provenir de pueblos con instituciones culturales verosímilmente casi idénticas en sus orígenes.

Así, habiendo partido en este análisis sumario, como lo apuntaba ya Alfonso Caso, “de semejanzas entre culturas diferentes para llegar a la conclusión del rasgo original del que derivan las semejanzas”,¹² cabría afirmar, por lo que toca más directamente a la recordación de mitos y creencias semejantes en los códices y textos indígenas de procedencia nahua, mayance y mixteca, que no parece absurdo ni imposible atribuirles, al menos básicamente, al origen común de estas culturas. De ser esto así, tendríamos que, por lo menos el núcleo básico de la temática de antiguos mitos, como el de los soles cosmogónicos, los que tratan del dios viejo, del dios de la lluvia, y posiblemente de la suprema deidad dual, al igual que los calendarios, las primeras formas de escritura y los criterios que regulaban la erección y la planta en general de los centros ceremoniales, se derivan todos de una inspiración común, patente ya por lo menos desde la etapa clásica, o sea desde unos quince siglos antes de la llegada de los conquistadores.

Somos conscientes de que la anterior afirmación se encuentra sólo en el campo de lo verosímil y no deja de ser una hipótesis. Sin embargo, hasta donde nos lo ha permitido el análisis de fuentes y hallazgos arqueológicos, nos parece que se trata de una hipótesis digna posiblemente de ulterior comprobación. La hipótesis cuenta además en su favor con el testimonio de los antiguos himnos aducidos por los informantes de Sahagún. En esos textos como ya hemos visto, así como *con fundamento* se atribuyen orígenes pre-teotihuacanos

¹² Alfonso Caso, “¿Existió un imperio olmeca?”, en *op. cit.*, p. 46.

al calendario y a la escritura, también se concede parecida antigüedad a los mitos y creencias, sustrato de esa visión del mundo que llegó a ser posesión común de las naciones mesoamericanas por lo menos desde el horizonte postclásico.

El origen de algunas de las artes

Daremos ahora un último paso en lo que concierne a la búsqueda de los orígenes de esas formas de pensamiento que habrían de condicionar, muchos siglos más tarde, la evolución de la cultura intelectual de los pueblos prehispánicos y, en nuestro caso particular, de las gentes de idioma náhuatl. Nos ocuparemos para ello de la última de las afirmaciones implicadas por las palabras de los informantes de Sahagún en el texto que citamos al principio de este capítulo. Sostienen los informantes que aquellos sabios, oriundos de las costas del golfo, eran también poseedores de la *toltecáyotl* (conjunto de las artes toltecas) y de la *tlamatiliztli* o sabiduría.

El término *toltecáyotl* connotaba en la lengua de los nahuas el conjunto de las artes, artesanías e ideales más elevados de la cultura tolteca. Al atribuir los informantes las creaciones de la *toltecáyotl* a esa etapa cultural que claramente reconocen es muy anterior a Teotihuacan y a la Tula histórica, en realidad se valen de este bien conocido término para afirmar que, como en el caso de la antigua sabiduría o *tlamatiliztli*, los orígenes de algunas de esas artes que después cultivarían los toltecas debían también situarse en los mismos tiempos en que vivieron los primeros poseedores del calendario.

No es nuestra intención ofrecer aquí un catálogo de las diversas formas de creación artística que, según los hallazgos arqueológicos, parecen derivarse, al menos en su inspiración, del foco original de cultura que comenzó a florecer en la región del golfo. Ya hemos visto que su difusión se dejó sentir en una muy amplia región de la América Media. Por ello nos limitaremos a señalar que, más quizás que en tipos de creaciones determinadas, la antigua cultura habría de influir como fermento que, a través de la etapa formativa, habría de fructificar plenamente en el horizonte clásico mayance, de Oaxaca y de Teotihuacan. Esto parece especialmente válido en lo que concierne no ya sólo a la cerámica, sino también a la escultura, las

inscripciones y las grandes edificaciones sagradas, de las que parecen ser anticipo los centros ceremoniales de La Venta, Tres Zapotes y el Cerro de las Mesas. Para no dar sino un ejemplo en la escultura, recordaremos las representaciones del motivo básico “máscara de tigre”, probable anticipo del dios de la lluvia, Tláloc entre los nahuas, Cocijo en Monte Albán y Chaac para los mayas.¹³

Refiriéndose precisamente a la difusión e influencia que alcanzaron las manifestaciones artísticas de esta cultura conocida como “olmeca”, uno de sus más entusiastas investigadores, el desaparecido Miguel Covarrubias, escribió:

Se trata de un arte que no tiene nada de primitivo, y que no es uno de tantos estilos locales, sino una cultura madre muy antigua que ejerció una influencia definitiva en los artes del horizonte arcaico y del periodo de transición a la época de las culturas clásicas, como por ejemplo las épocas de Oaxaca llamadas Monte Albán I y II; la época Chicanel de la zona maya que precede al llamado Viejo Imperio, la segunda época de Teotihuacán, y sobre todo a las culturas de la costa del Golfo: Tres Zapotes, Cerro de las Mesas y El Tajín...¹⁴

En resumen, puede afirmarse que la arqueología ofrece suficientes pruebas de una difusión de elementos y motivos en el campo de la creación artística, provenientes al parecer de ese mismo foco en que nacieron la escritura y el calendario. Por ello puede también decirse que, cuando los informantes indígenas atribuyen a los misteriosos pobladores de las costas del golfo las que al menos en germen habrían de ser “artes de los toltecas”, no parecen hacerlo impulsados por su fantasía, sino más bien como poseedores de antigua tradición.

Llegados a este punto en nuestra investigación acerca del origen de las instituciones de cultura intelectual que habrían de enmarcar y

¹³ Véase a este respecto el trabajo de Wigberto Jiménez Moreno, “El enigma de los olmecas”, *Cuadernos Americanos*, México, v. 5, n. 1, 1942, p. 113-145. En este importante artículo trata precisamente su autor del problema de los orígenes e influencia que ejerció esta cultura. En la p. 118 muestra de manera gráfica la evolución de la “máscara de tigre” en relación con las representaciones del dios de la lluvia, deidad que llegó a ser venerada en casi todo el ámbito de las culturas de la América Media.

¹⁴ Miguel Covarrubias, “El arte olmeca o de La Venta”, *Cuadernos Americanos*, México, v. 4, 1946, p. 177-178.

hasta cierto punto determinar el nacimiento y la evolución del mucho más tardío pensamiento náhuatl, creemos conveniente destacar los que parecen resultados obtenidos. El texto de los informantes, que ha servido de introducción a nuestra búsqueda, afirma la presencia en las costas del golfo, en tiempos anteriores a Teotihuacan, de gentes poseedoras de la escritura y el calendario, de mitos y creencias en cierto grado semejantes a las que tuvieron más tarde los nahuas y, finalmente, de formas de creación artística que parecen anticipo de la que habría de ser la *toltecáyotl* o conjunto de las artes toltecas. Por otra parte, la arqueología nos confirma que varios siglos antes del horizonte clásico floreció una cultura que se ha designado como “olmeca” y que tuvo como foco más antiguo “el de la región mesopotámica” de las costas del golfo, entre Veracruz y Tabasco. Los mismos hallazgos arqueológicos muestran que al parecer se trata de la que habría de ser “cultura madre”, en el ámbito de la América Media.

A ella debe atribuirse, en virtud de numerosos descubrimientos, la más antigua invención de la escritura y del calendario dentro de este marco geográfico. De ella parecen provenir asimismo elementos y concepciones que habrían de fructificar y desarrollarse más tarde en el campo del arte, a partir del horizonte clásico. Y respecto de la antigüedad de algunos de los mitos y creencias que después se difunden por la América Media, las inferencias que hemos formulado parecen arrojar también alguna luz. La estrecha vinculación que guardan esos mitos con el calendario, la escritura, y la concepción original de los centros ceremoniales con una arquitectura que evoca la antigua visión del mundo, inclina a tener por válidas las palabras de los informantes que atribuyen también su origen a los misteriosos sabios “poseedores de libros de pinturas” aparecidos por las costas de oriente, algunos de los cuales marcharon “buscando los montes blancos, los montes que humean”, en tanto que otros se dirigieron hacia la región de Cuauhtemallan.

De comprobarse plenamente esta hipótesis, tendríamos en ella una respuesta a la pregunta sobre los orígenes del pensamiento que habría de difundirse y florecer más tarde entre las diversas culturas del México antiguo. Además nos encontraríamos con dos hechos ciertamente impresionantes: el primero de ellos sería el de una larga continuidad de desarrollo y evolución del pensamiento a través

de cerca de dos milenios antes de la Conquista. Esto ayudaría a comprender cómo pueblos habituados ya a la especulación matemática implicada por sus calendarios pudieron elaborar diversas formas de pensamiento, sin excluir las que en otras culturas han recibido el nombre de filosofía. El otro hecho igualmente importante que cabe derivar es lo que llamaremos sentido de la tradición y profunda conciencia histórica del hombre prehispánico. Porque, si es cierta la correlación formulada entre los hallazgos de la arqueología y el dicho de los informantes, estamos ante un testimonio acerca no sólo de hechos, sino también de ideas que se pensaron aproximadamente dos milenios antes.

Y no es que se pretenda desvanecer lo que tienen de mítico las palabras citadas de los informantes. Aceptando que hay en ellas elementos de carácter mitológico, no por esto deberá menospreciarse su valor de testimonio sobre el antiguo origen del calendario, la escritura y otras instituciones. Si en el área maya hay estelas con inscripciones que hacen referencia a muchos siglos anteriores a la Conquista y si en los códices mixtecos existe una cronología que se remonta hasta mediados del siglo VII d. C., también entre los pueblos nahuas existen vestigios de ese mismo afán por preservar el recuerdo del pasado. El testimonio de los informantes de Sahagún acerca de sus más remotos orígenes culturales viene a ser otra prueba de esto mismo.

Tras haber intentado esta búsqueda acerca de las que parecen más profundas raíces sobre las que iba a descansar el pensamiento de los *tlamatinime* o sabios nahuas, pasaremos ahora a ocuparnos brevemente de la muy escasa información de que disponemos para el estudio de la ulterior evolución de ese pensamiento durante el horizonte clásico teotihuacano y después, con una relativa abundancia de fuentes, dentro ya de la etapa de florecimiento de la Tula histórica.